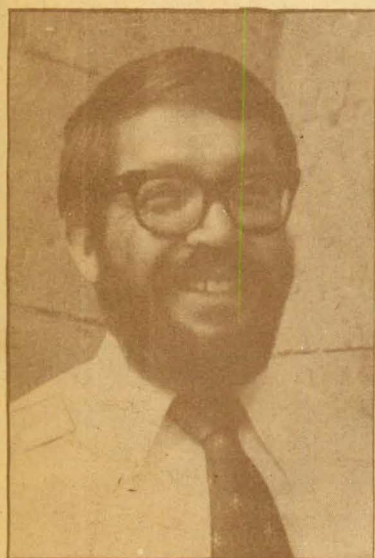


El Gobierno, sin los Trabajadores

2-Mayo-85

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Ayer, el desfile obrero del primero de mayo debió servir para que los trabajadores expresaran una vez más su posición ante el gobierno. Debió haber por lo menos tres marchas en el Distrito Federal, como antes del comienzo de esta administración. Los desfiles separados eran tradicionales en los años anteriores, pero al agudizarse la crisis se produjo un acercamiento entre los sindicatos democráticos y los afiliados al Congreso del Trabajo. Por efecto de tal aproximación, en los dos años pasados creció el destacamento obrero que exponía ante el Presidente de la República sus posiciones.

En 1983, sin embargo, se produjo un enfrentamiento entre miembros del sindicato

magisterial. Como bien se sabe, entonces estaban en uno de sus puntos más graves las tensas relaciones entre el grupo hegemónico en el gremio profesional, la Vanguardia Revolucionaria del Magisterio, y la disidencia que se agrupa en la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación. Un grupo de choque de la Vanguardia agredió a miembros de la CNTE para impedirles que marcharan, pues ya era notorio que entonces debía ser aprovechado el desfile para reprocharle al entonces incipiente gobierno su dura política salarial y laboral.

Hace un año la cosa estuvo peor. Agregados a los grupos de sindicatos democráticos, otros contingentes no necesariamente de trabajadores quedaron incluidos en la parada obrera. Poco después de la una de la tarde, un par de bombas molotov fueron lanzadas hacia el Palacio Nacional. Una cayó ante la puerta principal, pues no alcanzó su objetivo, que era el balcón donde se hallaba el Presidente de la República. Otra entró en Palacio, en el sitio donde se encontraban varios funcionarios. Uno de ellos Alejandro Carrillo Castro, fue alcanzado por el explosivo, y sufrió quemaduras graves, que demoraron varios meses en sanar. Para bien y para mal, los agentes del orden colocados en las afueras del recinto presidencial reaccionaron con lentitud. No detuvieron a nadie entonces, lo cual probablemente impidió que se hubiera tratado con mayor dureza de la que después se practicó a quienes estuvieron involucrados en el episodio.

Este fue disminuido, de intento, por las oficinas relacionadas con la comunicación, pero el Presidente se refirió al hecho al día siguiente, al inaugurar una reunión del sindicato de los mineros. Allí, De la Madrid aludió a grupos estudiantiles, y habló de "interferencia extranjera". Una semana después, la Preparatoria Popular de Tacuba fue tomada por fuerzas policiacas y dos miembros de ella, Demetrio Hernández Rojas, alias **El Mao**, y José Antonio Palacios Martínez, alias **El Pato**, quedaron confesos de haber lanzado los petardos. No convenció a todos la versión, no sólo porque **El Pato** ante su juez negó haber hecho la confesión que constó en las averiguaciones previas, alegando haber sido torturado, sino también porque desde el principio circuló la especie de que los proyectiles debieron ser disparados desde la tribuna adosada a la fachada de la sede presidencial, y no desde el arroyo, ya que la distancia que media entre este lugar y el Palacio haría imposible, hasta para Fernando Valenzuela, alcanzar el objetivo.

Una de las consecuencias del episodio que inauguraría uno de los meses más difíciles de la historia mexicana reciente, fue la supresión de la Preparatoria Popular. Otra, de mayores alcances, fue se declarara al Zócalo, otra vez, cerrado para agrupaciones obreras distintas de las afiliadas al Congreso del Trabajo. Así, al menos, se había previsto. Escritas estas notas al comenzar la semana en que el desfile debía efectuarse, ignoramos si finalmente se impuso una de las dos corduras posibles: la de permitir que todo el que quiera marche en la plaza principal de la República, a lo que todo el mundo tiene derecho; o la de irse, los independientes que se obstinaban en desfilar allí, con sus reclamos a otra parte.

Esperamos que haya ocurrido sin incidentes que lamentar el acontecimiento de ayer. Esperamos que, además, haya servido para que el gobierno tome la temperatura que priva aun en las agrupaciones adictas a la línea gubernamental. Uno de los errores mayores de un gobierno (que el legendario Harún Al Raschid intentó no cometer, vistiéndose como ciudadano común para saber qué pasaba al ras del suelo en el Bagdad que gobernaba) es ignorar lo que está pasando verdaderamente entre la gente de la calle, la que se esfuerza cotidianamente por ganarse la vida. Aunque es inevitable que haya filtros, aun los legítimos dictados por la cortesía, las expresiones de ~~descon~~to expresadas presuntamente en la marcha de ayer, habrán hecho recaptar a los encargados de la política económica sobre los estragos que sus medidas, insuficientes para resolver los problemas planteados por la crisis, han provocado en las siempre débiles economías populares.

El que se distancien los trabajadores organizados y el gobierno no es un asunto trivial. Y sin embargo, está ocurriendo sin que a nadie parezca importarle. En una serie de artículos publicados en **La Jornada** después de relacionar cifras de diversas fuentes, electorales y de otro género, el politólogo Iván Zavala llegó a la conclusión de que los obreros de la industria manufacturera están votando por la oposición y no por el Partido Revolucionario Institucional. Eso ocurrió al menos en 1982, y es comprensible que así sea, pues los trabajadores industriales cuentan por una parte entre los sectores más manifiestamente golpeados por la crisis y por otro lado ya pagan su cuota de sujeción al régimen en la vida sindical. Es entendible que, por lo tanto, cuando pueden expresar su inconformidad, lo hagan votando por la oposición, aunque incurran en el contrasentido de sufragar en favor de la oposición conservadora, precisamente aquella que, de estar en posición de determinar la política económica establecería una de efectos todavía más adversos para los trabajadores.

A finales de los setentas y al comenzar esta década, el Congreso del Trabajo pareció estar a punto de asumir una actitud responsable, es decir que respondiera a los verdaderos intereses de sus agremiados. Hoy está claro que sus limitaciones estructurales le impiden ser el motor que requiere la movilización de los sectores obreros. En vano su representación ante el Congreso aumenta. No estarán, los próximos diputados del área laboral, en situación de empujar hacia adelante las demandas de los trabajadores, entre otras causas porque están cada vez más lejanos de las bases a las que presuntamente representan.

Tampoco las otras corrientes del sindicalismo están en aptitud de dinamizarse. Uno de los movimientos más vigorosos en los años pasados, el universitario, pasa por una crisis de desmovilización, resultado de la política restrictiva en las finanzas de la educación superior. No ha sido, así, estimulante la celebración de este primero de mayo. Habrá que esperar, y trabajar por su advenimiento, tiempos mejores.